

LA FILOSOFIA SENSUALISTA.

Filosofía sensualista es una frase que envuelve contradicción. *Filosofía* significa *amor de la sabiduría*, amor espiritual y sublime de que los sentidos corporales no pueden ser ni partícipes ni exclusivo objeto; *sensualista* señala lo concerniente a aquellos mismos sentidos. Mas, contradictoria y todo, la frase *filosofía sensualista* se ha puesto en circulación y se hace preciso admitirla porque expresa una contradicción de hecho, un absurdo viviente, cual es la doctrina que bajo ese nombre se enseña en nuestros colegios públicos. Cuando las cosas se desnaturalizan, forzoso es que el lenguaje sufra también degradantes alteraciones.

Los estudios que se comprenden bajo el título de *filosofía* tienen el carácter mixto de religiosos y científicos. La filosofía es una planta que nace y crece en el terreno de la religión y que prospera y fructifica con los abonos de la ciencia o, en otros términos, la filosofía es una intermediaria entre la religión y la ciencia. Quitada la religión, la filosofía no tiene *principios* de donde partir; quitada la ciencia, la filosofía no tiene *hechos* que explicar ni en qué apoyarse. Cualquiera cuestión filosófica que se presente, ofrece al atento observador ese doble carácter de religiosa y de científica. Sirvan de ejemplo las cuestiones relativas al alma humana. Sin el fundamento de la religión, en vano han pretendido filósofos espiritualistas evidenciar el origen divino y la inmortalidad de nuestra alma; destruyendo ese fundamento religioso, en vano pretenderán filósofos materialistas convencernos de que todo acaba en la tumba. Aceptando, sobre bases religiosas, la existencia del alma, en balde trataremos de explicar sus relaciones con el cuerpo, si totalmente prescindimos de las leyes que determinan las funciones de nuestra organización física, o sea de la fisiología. Con la luz de la religión, con los datos de la fisiología, el entendimiento descubre maravillosas conexiones

entre el alma, cuya existencia garantiza la primera y el cuerpo, cuyas leyes examina la segunda; y de esta comparación, de este análisis, de este estudio, nace ese conjunto de principios, observaciones y luminosas conjeturas que constituyen la filosofía, del alma o sea la *psicología*.

Si doble es el carácter intrínseco de la filosofía doble asimismo es el defecto de lo que con ese nombre se enseña en nuestros colegios nacionales; porque, por una parte ofrece esa enseñanza desecha las bases que le ofrece la religión, de donde nace su falsedad, y, por otra, ignora las conclusiones de la ciencia, de que resulta su radical pobreza.

Cuando en nuestras aulas de filosofía se toca como es natural, algún principio teológico, el maestro advierte: "eso no es de nuestra incumbencia; la teología es un conjunto de supercherías; el que quiera saberlas apele al seminario"

Lo mismo cuando ocurre alguna cuestión científica íntimamente conexiónada con la filosofía, el maestro previene: "eso tampoco es de nuestra competencia; averiguadlo con el catedrático del ramo". Dentro de este círculo de reservas y temores, la filosofía que en nuestros colegios públicos se enseña, se reduce: ¿a qué diré yo que se reduce? ¿A principios? No, porque los principios son a priori ultrafilosóficos, esto es, teológicos, y nuestros catedráticos de filosofía le hacen ascos a la teología. ¿A hechos? Tampoco, pues éstos son a posteriori ultrafilosóficos, esto es, científicos, y esos catedráticos, que no entienden de ciencias experimentales, eluden las cuestiones de la ciencia y de la observación práctica. La filosofía que aquellos catedráticos leen tiene que reducirse, dados esos antecedentes, a aventuradas conjeturas.

Nos limitaríamos a calificar de inútil dicha enseñanza si, aislada y todo de la religión y las ciencias, sus conjeturas no fuesen dictadas por espíritu de impiedad e inmoralidad. Sucedería entonces con la filosofía lo que acaece con lo que llaman estudios de literatura, cuando no se apoyan en conocimientos sólidos de diverso género: sería una filosofía infecunda como lo es esta literatura. Para escribir bien es requisito indispensable, decía Horacio, acopiar

Ideas: el que sabe lo que trata, abunda en palabras. Lo mismo puede decirse de la filosofía: el que no ha bebido nociones profundas en la teología, el que no ha ejercitado la lógica en las matemáticas ni en estudios históricos fortalecido su juicio, mal podrá salir razonador correcto con las estrechas ideas de una aula de filosofía exclusiva; así como el que solo regl s de gramática y retórica haya aprendido, no será nunca, salvo los recursos del talento natural, ni escritor distinguido ni culto poeta.

Todos los estudios que por su naturaleza están recíprocamente conexiónados deben hacerse sobre un plan uniforme y armónico para que sean fecundos. Por esto a filosofía debe enseñarse como derivación, en parte, de la teología en parte como complemento de las ciencias, y finalment como vínculo armonioso de aquella y ésta. De otro modo ese estudio es, por lo menos, infecundo. Mas desgraciadamente se de pobre e infecunda hubiera de tacharse la filosofía que en algunos de nuestros colegios se enseña, visto el aislamiento en q e se presenta, atento el espíritu que la dicta, se hace acrodora al calificativo todavía más severo de pernicioso. Porque no se limitan los maestros a discurrir sobre aventuradas conjeturas, sino que, ostensiblemente prescindentes de religión y de ciencias, pero en realidad enemigos de la primera e ignorantes de estotras, asientan asertos esencialmente falsos. En filosofía intelectual su enseñanza consiste en repetir en todas las páginas del texto, todos los días del año y por todos los tonos de la autoridad, que *pensar es sentir*. En filosofía moral sus lecciones, por el mismo sistema de repeticiones infinitas se compendian en la fórmula inmoral: *bien es placer*.

Que estas enseñanzas carecen absolutamente de carácter científico, es cosa que se evidencia leyendo los textos u oyendo las lecciones. Si hubiera allí algo de ciencia, e alegarían hechos y se derivarían reglas para practicar correctamente lo que se enseña. Pero no es así; todo se reduce a parafrasear fastidiosamente unas mismas cosas. Si la fórmula inmoral *bien es placer* se enseñase científicamente, es claro que, como desarrollo apoyado nexperien-

cias, deberían explicarse las diferentes combinaciones y tics de los placeres; los modos de conseguirlos y refinarlos y los medios de eludir y templar dolores; debería explicarse algo como el *ars amandi* de Ovidio, o como ciertos recientes tratados en que se exponen las leyes y modos de gozar, tratados cuyo anuncio no desconocen algunos de nuestros paisanos, pues circulaba días ha como una escandalosa curiosidad. Como para esos maestros un dolor de muela según su doctrina, es un grave mal *moral*, lección moral muy importante debía ser en sus aulas, la explicación el descubrimiento y aplicaciones del gas *hilarante*. No hay que reirse ni que asustarse; si la moral es la ciencia de los bienes y de los males, y si no hay más bienes ni males que los goces y penas, el gas hilarante entra de derecho con paso triunfante en el dominio de la moral a ocupar un puesto tan distinguido como el que damos en su esfera a la virtud los que entendemos la moral de otro modo. Nada. pues, nada absolutamente tienen de científicas esas enseñanzas; menos de religiosas, pues con negaciones que sus formulas envuelven no solo presiden de las verdades teológicas sino que abiertamente las contradicen. Si *pensar es sentir*; el alma humana se iguala a la de los canes y cae de un golpe del elevado rango que redimida por Cristo ocupa, al lado de su ya posible ascendiente el momo y de todos los brutos sus semejantes. Si *bien es placer* y no hay otra cosa buena que el placer, la historia de la redención es un absurdo, la gloria de los santos una luz engañosa y la sangre de los mártires una mancha roja. ¡Triste filosofía!

Yo me imagino un joven que sale de los colegios apertrechado con esas máximas miserables y me pregunto ¿qué uso que no sea funesto puede hacer ese joven de lo que se ha enseñado a título de filosofía? En lo especulativo se le ha inculcado que *pensar es sentir*. Persuadirse que el raciocinio que ejercita es una sensación, ¿le servirá para racional correctamente? Figurarse que el lenguaje humano no se diferencia del de los loros, ¿le servirá para discurrir sesuda y elegantemente? No por cierto. Querer resolver todas las cuestiones de filosofía intelectual, querer

Terciar con ventaja en cualquier debate científico con solo afirmar que *pensar es sentir*, es una pretensión semejante a la del que pretendiese ser eximio geólogo y aclarar cualquier punto difícil de la ciencia con sostener que *toda cosa es materia*; o a la del que con humos de poeta creyese serlo excelente profesando que *ser poeta es hacer versos*.

Por ese lado la filosofía sensualista ese lado la filosofía es enteramente estéril; pero es funesta en cuanto hace concebir al que la sigue degradantes ideas de sí propio, y un escéptico desprecio por las cosas sobrenaturales, materializando al cabo sus costumbres a consecuencia del materialismo ya inspirado en sus ideas.

Concibe ese mismo joven una pasión imprudente, o recibe un golpe de fortuna, o tropieza con una situación ardua. El maestro de filosofía moral le habló de placeres, pero no de deberes; le aconsejó calcular, pero no le instruyó en ciencia de deliberar moralmente. Para nada sino para confundirse más o extraviarse puede recordar el angustiado joven máximas como ésta: *Es de fe que los goces son la felicidad y las penas la desgracia*. ¿Qué luz esparce esta doctrina sobre el vasto campo de las acciones humanas? La filosofía moral cristiana examina las pasiones del alma; la moral pagana no habla sino de las sensaciones del cuerpo. La moral cristiana, desenvuelta científicamente, examina las enfermedades morales, expone sus síntomas y su tratamiento. Ella nos aconseja ora los viajes, ora el trabajo material, ora el estudio, y entre éstos distingue según las circunstancias: con el ejemplo de Goethe aconseja preferir las matemáticas a la literatura a propósito de curar dolencias de amor; con el reciente del americano Bryant, indicará la lectura de los poetas y los viajes a intento de aliviar duelos en avanzada edad. Pero la filosofía sensualista nada sabe de literatura, ni de ciencias ni de espíritu, y sus lecciones, que se reducen a graznar placer y más placer, son cuando tratan de practicarse, en parte estériles, en parte perniciosas, peligrosas siempre, muy a menudo desesperantes.

Por estas razones, y por consideraciones legales que, aduciré en otra ocasión, he unido mi voz al coro de protestas que años ha se eleva de todas partes contra las enseñanzas de doctrinas sensualistas en nuestros colegios públicos. Si no se quiere enseñar filosofía cristiana, a lo menos no se enseñe ninguna; así lo he propuesto más de una vez en el Concejo de la Universidad. Desgraciadamente los directores de la instrucción pública no se han atrevido aún a desnudarse de cierto espíritu de oposición sistemática a toda reclamación que parte del partido católico, por justa que sea, y ceden a las violentas pretensiones de círculo socialmente desautorizados, con positivo detrimento de los intereses comunales de la sociedad

La Unión Católica, Bogotá. Trimestre I, núm. 10, 27. de agosto de 1871, pág. 37.